

Prólogo

He leído con gran interés el libro que tengo el gusto de prologar, invitado por su autor, el Rvdo. Dr. Roberto Esteban Duque. Los motivos de ese interés son obvios para quien conozca tanto al autor del libro como al que suscribe estas breves líneas. El autor es sacerdote de la diócesis de Cuenca, de la que soy Obispo desde hace unos años. Nos unen, pues, lazos de fraternidad sacerdotal y de servicio ministerial a la misma porción del pueblo de Dios. Si a ello añadimos mis años universitarios dedicados a la investigación y enseñanza de la Teología Moral, resulta comprensible que haya reservado con agrado unas horas a la atenta lectura del texto que tenemos ante nosotros.

Pero si las circunstancias personales a las que acabo de aludir hacen que se entienda bien mi dedicación e interés por su lectura, no hacen, en cambio, más fácil la tarea de redactar estas líneas. Ya en sí misma, la prefación o prólogo a una obra escrita por otra persona ofrece algunas dificultades. Su misma naturaleza entraña algunos elementos de indeterminación o indefinición. De manera que quien actúa como prologuista goza de una libertad para realizar su función, careciendo de necesarias líneas de actuación, de esquema al que atenerse o de modelos que seguir. El prologuista no debe quitar protagonismo al autor. Su tarea se agota en ser una especie de preliminar, algo que sirve de preparación para la lectura que viene más tarde. Precede al «logos», al discurso, a la obra, a «lo hecho», del tipo que sea, que sigue a continuación. Por lo general, se limita a hacernos entrar dentro del horizonte en que se mueve la obra prologada; prepara al lector a su lectura; le abre el apetito, podríamos decir, provocándolo o motivándolo a la lectura.

A esta como innata dificultad que presenta el género literario «prólogo», se añade la que procede de los lazos de simpatía o de amistad que pueden ligar

prologuista y autor, y que pueden condicionar, de algún modo, la objetividad en la lectura y juicio de la obra en cuestión.

En verdad, la importancia de esta segunda y añadida dificultad a la hora de redactar un prólogo queda mitigada por el hecho de no ser éste ni una nota informativa ni mucho menos una recensión, en la que junto al contenido esencial de la obra, hay que dejar paso a la crítica señalando virtudes y defectos relativos unos al fondo o a la forma, otros redaccionales, de fuentes, de orden y lógica interna, de claridad expositiva, etc.

Pero dejémonos de divagaciones y vayamos ya con la obra que tenemos delante, este *Manual de Teología Moral* del Dr. Esteban Duque. La simple lectura del índice del libro hace pensar que estamos en presencia de un texto que habrá de finalizar con un *continuará*. Es claro que deberá ser seguido de otro u otros volúmenes en los que se aborden otros temas morales que no pueden faltar en un texto con pretensiones de *Manual*, lo que implica, no es necesario abundar en ello, tratar el entero contenido de una disciplina.

Me limitaré ahora a señalar tres aspectos de este *Manual de Teología Moral* que considero particularmente dignos de mención. Los dos primeros tienen que ver con lo que en la obra ocupa parte del capítulo segundo, en concreto: la necesidad de proceder a superar los déficits de fundamentación de la Moral y a recuperar la categoría de finalidad.

Se ha dicho, no sin razón que nos hallamos en una época de *desligación* y *desfundamentación*, lo que no puede producir sino un sentimiento de extravío, de inseguridad, fruto de la carencia de puntos seguros de referencia capaces de iluminar y dirigir la acción humana. Refugiarse en la coherencia con el propio juicio, el recurso a la honestidad de conciencia sin un ulterior porqué o razón en la que ésta pueda anclarse con seguridad, no logra eliminar ese sentimiento de extravío y no permite sostener y asegurar, a la larga, una vida verdaderamente moral. Ésta necesita, amén de las virtudes, razones claras para la acción. La vida moral necesita de fundamentos sólidos. «La exigencia de una base sobre la cual construir la existencia personal y social se siente de modo notable sobre todo cuando se está obligado a constatar el carácter parcial de propuestas que elevan lo efímero al rango de valor, creando ilusiones sobre la posibilidad de alcanzar el verdadero sentido de la existencia» (Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 6). Frente a la pretensión de algunos autores modernos que exigen prescindir de Dios para que la ética pueda existir, nuestro autor piensa, con toda razón, que

una ética verdadera necesita un fundamento último: Dios, el Dios creador, que ha hecho al hombre a su imagen y semejanza, capaz de leer en sí mismo la ley divina inscrita en su corazón; de descubrir en la persona humana la huella de Dios, origen y término, fin, acabamiento, perfección última del ser inteligente y libre, capaz de conocer y amar. La fuerza, la importancia, de la ley natural no radica en el simple hecho de ser natural, sino en que la naturaleza del hombre es obra de Dios, en que su razón es participación de la «ratio divina». La ética, la moral requieren un fundamento seguro, firme, absoluto, independiente de toda condición; requieren a Dios como último fundamento. Bien lo ha recordado el Concilio Vaticano II al afirmar que en sólo en Cristo se esclarece el misterio del hombre, el misterio de todo lo verdaderamente humano. Sin Dios, quedará siempre por suministrar la última –¡necesaria!– explicación.

El Papa Juan Pablo II vio con penetrante claridad la íntima dimensión religiosa de la moral. «*Sólo Dios, dice, puede responder a la pregunta sobre el bien, porque él es el Bien. En efecto, prosigue, interrogarse sobre el bien significa, en último término, dirigirse a Dios, que es plenitud de la bondad. Jesús muestra que la pregunta del joven es, en realidad, una pregunta religiosa y que la bondad, que atrae y al mismo tiempo vincula al hombre, tiene su fuente en Dios, más aún, es Dios mismo: el Único que es digno de ser amado «con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente» (cf. Mt 22, 37)» (Veritatis splendor, 9).*

El Dr. Esteban Duque afirma con razón que la ética cristiana «tiene respuestas para las cuestiones que en la ética laica quedan sin resolver: ¿por qué poseen dignidad los seres humanos?, ¿por qué no se les puede tratar de cualquier forma? Kant formula la dignidad en estos términos: el hombre no es una cosa, sino un fin en sí mismo; no puedo disponer del hombre para mutilarle ni matarle Pero su afirmación queda como un mero postulado (...).

A la pregunta por qué ser bueno cuando ello no redunde en mi propio interés o me lleva a contrariedades, por qué actuar moralmente cuando ello exige sacrificio, el agnóstico consecuente reconoce que no tiene respuesta. ¿No es éste, como el de Macbeth, el drama del hombre occidental, sumergido en la idea de que el hombre podrá realizarse plenamente sólo cuando sea capaz de dejar de creer en la existencia de nociones trascendentales?

En la cosmovisión cristiana adquiere de repente sentido todo el esfuerzo moral por ser honesto y bueno, que en la ética laica aparece ininteligible: es un camino de santificación querido por Dios».

Esta refundamentación de la moral en Dios lleva consigo la recuperación del concepto de finalidad, como concepto imprescindible en el discurso moral. El Dios creador es también el Dios que llama al hombre a la unión con Él. Él es el destino de la vida del hombre y Él es su plenitud, su acabamiento. Sólo en Dios es posible alcanzar una vida lograda. El bien y el mal tienen que ver con Dios como destino y fin último del hombre. La revelación nos descubrirá que el destino, sentido y fundamento del hombre se encuentra en Cristo, por el cual y en vista del cual fueron creadas todas las cosas. Es el sentido de toda la creación.

«La perspectiva de la moral, afirma nuestro autor, es la de la realización de la persona en referencia al fin último. El horizonte de la moral es un horizonte cristológico y teológico: sin Dios no se puede construir una moral. La iniciativa es de Dios, y esa iniciativa entraña una respuesta humana. Es nuestra predestinación en Cristo el fundamento de la ética.» Los problemas del fin y del fundamento de la moral se encuentran, pues, estrechamente vinculados.

La refundamentación de la moral en Dios nos ha llevado derechamente a lo que el autor denomina como recuperación del *carácter teocéntrico de la vida moral*. La vida moral aparece así como respuesta a la llamada de Dios, a la vocación impresa en el corazón mismo del hombre ya en el acto creador, una vocación asumida y perfeccionada hasta límites inimaginables en el proyecto último de hombre que es Cristo. Cualquier ética o moral de mínimos queda así eliminada de raíz. La santidad divina es el horizonte en el que se mueve la moral: el fin de la vida del hombre es Dios y la senda que ha de seguir para alcanzar esa meta es el Dios hecho hombre, camino verdad y vida. La íntima, convencida y continua aceptación de una y otra verdad supone una auténtica opción fundamental capaz de orientar toda la existencia humana.

Sin más, dejo paso al lector y a la lectura de este *Manual de Teología Moral Especial*.

25 de julio de 2013

En la solemnidad de Santiago Apóstol

+José María Yanguas Sanz

Obispo de Cuenca